

FILMS SELECTION

30
Cts



Grete Garbo y Ramón Novarro en una escena de la película "Mata-Hari"

AÑO III - N.º 108
15 de octubre de 1932

Exija con este número el
SUPLEMENTO ARTÍSTICO



Una muy expresiva escena de la magnífica película "Muchachas de uniforme"

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Larréya



REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN
Distribución: 211. 14. 13022
BARCELONA

DISTRIBUCIÓN EN
MADRID: sinopsis
EL HOGAR Y LA MODA
Calle Valverde, 50 y 52



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Colonias
Trimestre 375
Semestre 750
Un año 1350

América y Portugal
Trimestre 475
Semestre 950
Un año 1900



TODOS LOS
SÁBADOS

NÚMERO SUFICIENTE
30
CENTIMOS



ESPAÑA EN HOLLYWOOD

En los programas cinematográficos de la temporada que empieza, apenas figuran películas habladas en español. Casi todas las marcas importantes prescinden de ellas por completo. No nos ha sorprendido. El regreso a España de artistas que, a raíz de la introducción del sonido en el arte mudo, se llevaron a Hollywood los buscadores de estrellas que Cinelandia desparamó por el mundo civilizado, nos hacía sospechar que a nuestro idioma no le probaban los aires de Norteamérica.

Naturalmente, el hecho nos entristece un poco. Nuestro amor propio ha sufrido las consecuencias de entregarse a manos de un niño, grande de cuerpo como un gigante y que necesita rascacielos para refugiarse, pero tan infantil en espíritu como si tuviera la estatura de un puerco.

Aquellos maestros de la especulación no pudieron menos de ver lo mucho que podía hacerse con un idioma que hablan cerca de cien millones de seres, y se lanzaron afanosamente a la busca y captura de artistas formados en la patria de Cervantes. Como los dólares allanaban los caminos, pronto obtuvieron lo que deseaban y comenzaron inmediatamente a trabajar. Meses después, se estrenaba en nuestros cines una serie de films mediocres, con excepciones muy contadas, que hicimos perfectamente en acoger sin frío ni calor. La mayoría de esas películas podía trasladarse a un escenario teatral íntegramente. Nadie pensó en hacerlo, porque entonces, la comparación con obras como — citaremos sólo un nombre — las de Benavente, habrían provocado en el público una actitud muy distinta a la mera frialdad. Otros films se apartaban del campo teatral, pero era peor todavía. Al tener que intervenir la imaginación del director con mayor amplitud, los errores se multiplicaban y agrandaban. Era imposible discernir si la película se desarrollaba en España, en México o en la Argentina. Y es que el lugar de acción no era ninguno de estos tres puntos, sino un país inexistente, nacido en la fantasía de argumentistas y directores al calor de una cultura que, evidentemente, no obscurecía la de Menéndez Pelayo. Por otra parte, el diálogo solía tener todas las incorrecciones de un mal castellano, más todos los defectos de un incorrecto suramericano. Y sobre todo esto, se alzaba la puerilidad o la vulgaridad de temas y asuntos. Lo mejor que hemos podido ver de esa serie ha sido «Mamá», obra

representada centenares de veces en los escenarios españoles y que sólo una curiosidad comparativa pudo llevarnos a admirar una vez más. Con eso está dicho todo. En estas condiciones, ¿quién no fracasa? ¿Ignoran los genios de Hollywood que cuando ellos se asomaron por primera vez a las emociones y a las sutilezas del arte, nosotros llevábamos siglos de educación artística con maestros que empezaron en Calderón, Lope y Cervantes y no terminan aún en Galdós, Benavente y los Quintero? ¿Creen que una obra ha de ser española, o cuando menos parecerlo, sólo porque la interpreten artistas españoles? ¿Creen, en fin, que todos los defectos de una producción artística pueden suplirse con una escrupulosa administración al estilo norteamericano?

Nosotros, en un momento de optimismo, nos imaginamos que esta lección sería aprovechada por los empresarios hollywoodenses para enviar a España una segunda remesa de agentes con el encargo de buscar los argumentistas, dialogadores y asesores que tanta falta les hacían. Pero, en vez de eso, al comprobar que las películas habladas en español no producían los rendimientos previstos, suprimen casi por completo la producción española y siguen impresionando, como si nada hubiera ocurrido, cintas en que los personajes hablan un norteamericano gangoso e incomprensible incluso para los que saben inglés.

¿Qué sucederá? No nos atrevemos a hacer augurios. Por ahora, en los mercados del cine reina la seguridad tranquilizadora de que no existe el competidor que impresione films hablados en castellano. Pero ¿están muy seguros de que esta situación se ha de prolongar indefinidamente? ¿No se ha demostrado ya que en este lado del Atlántico se saben y pueden hacer películas que no tienen nada que envidiar a las superproducciones más «super» de las costas del Pacífico?

Desde luego, con competencia y sin competencia, el rotulista, obligado por las circunstancias y comprendiendo que una película dialogada y sin diálogo no es nada, ha de ir traduciendo casi todo lo que, en idioma para nosotros extraño, hablan los personajes. Esto representa, por término medio, cuatrocientos o quinientos títulos en un solo film, y salta a la vista lo desagradable que ha de ser para el espectador interrumpir la contemplación de las escenas cuatrocientas o quinientas veces. JOSÉ BAEZA

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre, 375 - Semestre, 750 - Año, 1350
AMÉRICA Y PORTUGAL:
Trimestre, 475 - Semestre, 950 - Año, 1900

Nombre
Calle n.º
Población Provincia

Deseo suscribirme a Films Selectos por un trimestre — semestre — un año. (Táchese lo que no interesa.)

A partir del 1.º El importe se lo remito por giro postal número Impue-

to en o en sellos de correo. (Táchese lo que no interesa.)

(Firma del suscriptor)

de
(Fecha)

precio sin de
mostrará que

la página 211

DE UNOS A OTROS

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine. Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el seudónimo que quieren que figure al publicarse. No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

768. — C. G. Domínguez agradecerá a los simpáticos lectores de esta sección le manden una ligera biografía con las principales películas que interpretaron los artistas Sally Kell, Eliza Lendi, Michele Verty y Olga Day; estas dos últimas creo son francesas.

También, si no es mucho pedir, quisiera saber el reparto de las películas *Bozzio* y *El dragón pálido*.

769. — *Marlen Grayford* dice lo siguiente: Por primera vez me dirijo a esta simpatísima revista para ver si alguna amable lectora puede aconsejarme en mi situación.

Siento una vocación irresistible por el teatro, pero mi familia no quiere que me dedique a él. ¿Qué me aconsejan? ¿Que ingrese en una compañía contra la oposición de mi familia o que me quede en casa, renunciando al medio de mi vida?

Muy agradecida al que pueda aconsejarme.

770. — Angelina se dirige por primera vez a los simpáticos lectores de esta revista para rogarles lo siguiente: Deseo poseer el número 1 de esta revista. ¿Quisiera alguien despendarse de él? Yo daría, a cambio, fotografías, números de otras revistas, etc. De no ser posible el número entero, me contentaría con el folletín correspondiente a la novela *¿Qué es ella?*, pues tengo especial interés en poseerla completa.

También quisiera me mandaran las películas de Rubén Darío Los molinos del río y Margarita, la está triste, y la letra de *Amor en Venecia* que canta Roberto Rey en *El príncipe gendioso*.

Yo, a mi vez, pongo a disposición de esta revista mi extenso archivo, y pueden preguntar todos con la seguridad de que serán contestados.

771. — Dice *El cuervo de West-Point*: Faltándome para mi archivo las siguientes datos, agradecería a los lectores de esta gran semana, y muy especialmente a la simpatísima *Tahoe*, me proporcionen, por medio de esta sección, las principales películas interpretadas por George Bancroft, Richard Dix, James Dunn, Marion Davies, Carol Lombard, Paul Robeson, Sylvia Sydney, Peggy Shannon, Lupita Tovar y Lupe Vélez. ¿Será mucho lo que pido?

HIPOFOSFITOS SALUD

Da vida y vigor a los Débiles.

772. — Un curioso quedaría muy agradecido al lector que le indicase las direcciones de Harold Lloyd, Emil Jennings e Iván Petrovich.

773. — El dragón azul ruega a *Luz de Cinema* diga si posee todavía los números 4, 10, 21, 35, 41 y 52 de *FILMS SELECCION* y si es tan amable que quiera decirme el importe de todos ellos para remitirme como gusto.

Asimismo desearía saber si hay algún lector que quiera despendarse de los números 1, 2 y 3 de esta revista y en que condiciones.

774. — *Montgomery H.* dice: Siendo yo un admirador de *FILMS SELECCION*, ofrezco a la gentil lectora *Una oriental* una fotografía del simpatísimo George O'Brien, así como algunas revistas portuguesas cinematográficas.

Al mismo tiempo tendría un gran placer en sostener correspondencia con algunas lectoras de esta revista, en especial con *Una oriental*, las cuales pueden escribir a la siguiente dirección: Montgomery H., Rua do Pérez, 49, Fato, Algarve (Portugal).

775. — *Carmenella Sánchez* desea conocer las biografías, lo más completas posibles, de la bella Rosita Moreno y del popularísimo Antonio Moreno.

Al mismo tiempo, si alguno de los simpáticos lectores de esta popular revista le sabe, desea conocer el paradero de la compañía de comedias de la cual es primera actriz la simpática y encantadora Lulista (Lourico).

776. — Un curioso, que por primera vez se dirige a esta simpática revista, espera que algún amable lector le diga el importe de la matrícula de los cursos que la sociedad española preparatoria de artistas cinematográficos proporciona para aspirante a artista de cine, quedando muy agradecido por ello.

CONTESTACIONES

— Varias contestaciones de *Tahoe*:

802. — Para *Adelino Amaro Muñoz*: Hace unos meses se dio principio a la construcción de unos estudios cinematográficos españoles en Aranjuez, que con el tiempo esta publicación será llamada el Hollywood español. A este respecto, la sociedad de Autores Asociados, que no se duerme sobre los laureles teatrales, comprende el cine y se interesa en su desarrollo. He aquí algunos de los títulos que tienen en cartela para las futuras producciones de los citados estudios, y para dos o tres sociedades anónimas.

Muñoz Seta: *Hay fuego en la esquina* y *La última pórtica*.

Seratin y Joaquín Álvarez Quintana: *Martes 13* y *El suicidio de don Catalina*.

Linares Rivas: *Caza mayor* y *De la élite a lo humano*.

Arribas: *Yo quiero ir al infierno* y *¡Que le puse usted!* *Ment*.

Arribas: *Los lobos de Anso* y *Luces en la noche*.

Benavente: *El barco de póla* y *La mujer de Ocho (comedia)*.

Por otro lado, el director de los estudios Paramount-Films ha estado en Madrid, en viaje de estudio, y bien pudiera ser que quisieran montar en España alguna sucursal de esta casa productora, pues los estudios de Joinville le Pont (Paris) han cesado ya en su producción.

803. — Para *Angel Falcó*: Leila Hyams nació el 1.º de mayo de 1905. Las películas que ha filmado esta bella artista son: *La doncella de la Opera*, con Dolores del Río; *Cadenas de honor*, con Estelle Taylor; *De punta en blanco*, con Johnny Hines; *La luteria roja*, con Ann May Wang; *El sombrero marcado*, con Buck Jones; *El caballero del ring*, con Monte Blue; *Cuando el amor despierta*, con el mismo; *El bruto*, con Edmund Lowe; *La tierra del Zorro gris*, con Rin-Tin-Tin; *Jung el misterioso* y *Un pat de marinos*, con William Haines; *El capitán formosa*, con Howard Ingersoll; *En el mar lejano*, con Charles Morton; *El campamento*, con Dorothy Sebastian; *Cuando parecías*, con Alan Birmingham; *El presidio* (versión inglesa), con Chester Morris; *Una romance en el lejano Oeste*, con W. Haines; *El poder de la mujer*, con Peggy Wood; *En cada puerto un amor* (versión inglesa), con John Gilbert; *Entre cazadores*, con Adolphe Menjou; *El destino de un caballero*, con J. Gilbert; *Cheri-Bibi* (versión inglesa), con el mismo; *La bucha número 13*, con Conrad Nagel; *Esposas a medias*, con E. Lowe; *Rindase*, con Warner Baxter y Frelch.

Le he copiado la ficha completa de todos los films que ha interpretado hasta la fecha, por no poderle indicar cuál es el mejor de todos.

La dirección de Leila es: Metro-Goldwyn-Mayer Studios, Culver City, California.

804. — Para *Juanillo*: Direcciones: Red La Roque, Metro-Goldwyn-Mayer Studios, Culver City (California), donde actuó hace poco en *Seamos alegres*, con Norma Shearer; Ricardo Cortez, R. K. O., Radio Pictures Studios, 80 Gower Street, Hollywood (California).

Allá va el modelo de carta que deseo: «Monsieur Maurice Chevalier. Depuis bien longtemps je suis avec intérêt votre travail sur l'écran et admire votre art que je trouve parfait. Voulez-vous me faire le grand honneur de m'envoyer votre photo s'il vous plaît? Je vous en serais très reconnaissant. Veuillez agréer, Monsieur, avec mes remerciements, l'expression de mes sentiments les plus distingués.» Su firma y dirección completa.

Dirección de Maurice: Paramount Public Studios, Hollywood (California).

805. — A En mejorero: Ignoro la dirección de la First National en Madrid, pero la de las demás casas productoras, no, y como creo que le serán de interés se las remito: Metro-Goldwyn-Mayer, Plaza del Callao, 4; E. González «Emetka», Plaza del Progreso, 2; Pro-Dia-Co (Julio César), Marqués de Urquijo, 13; Artistas Asociados, Apodaca, 3; Fox, Plaza del Callao, 4; Universal, Mayor, 4; Paramount, Avenida de Pl y Margall, 22; U. F. A., Antonio Maura, 16.

806. — Para *Oriental*: Ningún artista cinematográfico da a conocer su dirección particular, y esto se lo repitió una infinidad de veces; en cuanto a las oficinas de los que cita usted, son las siguientes: Radio Pictures Studios, 780 Gower Street, Hollywood (California), es la de Richard Dix; Charlie Chaplin, ex Chaplin Studios, 1414, La Brea Ave., Hollywood (California); y Metro-Goldwyn-Mayer Studios-Hal Roach, Culver City (California), es la de Stan Laurel y Oliver Hardy.

807. — A *Un enamorado del cine sonoro*: Lupita Tovar nació en Rincón Antonio (México), el 11 de mayo de 1910. Se educó en México. Recientemente ha negado su anunciada boda con Paul Kroll. Es morena, de ojos castaños, mide 1,52 de altura.

Sus películas más destacadas son: *La salu-*

dad del mundo, con Antonio Moreno; *Drácula*, diez continuaciones; *halla*, con Barry Norton; primera y con René Clair; la segunda, con tenorio de hulla, con Slim Summerville; *Os digo penel*, con B. Norton; *Al Oeste de Barro*, con Rose Hobart; *El rey del Jazz* (revista); *La de frontera*, con Buck Jones; *El signo del Zorro*, versión parlante en inglés, con Douglas Fairbanks; y *Hollywood, la ciudad de los sueños*, con José Roby y Lila Toró.

Félix de Pomés nació en Cataluña, un 27 de julio. Conoció antes en España por el apellido Soler (Félix de Soler). Después de cursar los estudios de derecho y obtener el grado de doctor con brillantísima calificación, jugó Félix un gran papel en la vida deportiva en España, como futbolista y conquistando el campeonato amateur de boxeo. Fue también campeón de florit y espada y formó parte del equipo español Olímpico de esgrima. Asimismo ha conquistado, en rebida lucha, el campeonato de esgrima en Berlín, en 1929. Siendo, además, un gran pintor retratista, en 1929 hizo una exposición de cuadros en Alemania con fin benéfico. Llevado por su espíritu inquieto, haré debutar en el cine, bajo las órdenes de la UFA, donde ha filmado *Rojo y negro*, con Iván Jouskine; *Justicia*, *La infiel*, *La santa y su bufón*, *La novia de Mallorca* o *La hija de Valencia*, con Enrico Bonfer, etc.

Con el advenimiento del sonoro, fué contratado por la Paramount, para actuar en *Los Mentiras*, *La carita* y *La fiesta del diablo*, con Carmen Larrabetti, y más tarde pasó a Hollywood, contratado por la Fox, trabajando en *Escuelas de la moda*, con Julia Peña y Carmen Larrabetti.

Andrés de Segura (Andrés Perelló de Segura). Tiene el título de Conde de Aliz, nació en Barcelona el año... Es un famoso baritón que ha actuado largas temporadas en los teatros norteamericanos, especialmente en el Metropolitan de New York, donde se hizo famoso su cuarteto con Caruso, Bisher y Scotti, interpretando *Huberm*. Empezó a estudiar para abogado en Barcelona, cuando conoció a una tiple de ópera, y al enamorarse de ella dejó a medio terminar su carrera e hizo su entrada en el teatro. Sus andanzas le llevaron a Hollywood, donde reside desde cuatro años.

Ha tomado parte en *La ballarina de la Opera*, *La bella de Baltimore*, *El paseo del perro*, *El nuevo posito*, *Los amores de Sonia*, *muñeca*, *Sonoras*; *El general Bruck*, *Los que danzan*, *Un hombre de la amistad*, *La voluntad del mar*, *Cascarrabias*, *El cuerpo del delito*, *Mérida*, etc.

Enrique Vilches nació en Tarragona hace cuarenta y pico de años. Es casado y con hijos.

¿Está usted inapetente? ¿Tiene usted vahidos? ¿Siente usted temblor en las piernas? ¿Padece usted de insomnio? Tome «Hipofosfitos Salud». Aprobado por la Academia de Medicina.

Empezó su carrera teatral entre unos cómicos ambulantes, en Murcia, donde se brindó a realizar el papel de «Hilada» en *Don Juan Tenorio*. Entonces tenía diez y siete años. Al cumplir los veintinueve la guerra le llevó a sus filis, y marchó a Filipinas. A su regreso, fundó una compañía que disolvió más tarde. Por fin, recibió una oferta para ingresar como primer galán de don Miguel Muñoz, con siete pesetas diarias de sueldo. Meses después pasó a la compañía de Juan Dolz, marchando en seguida con éste a la Habana y a Méjico, donde consiguió a obtener los primeros triunfos que habrán de llevarle a ser ídolo de la América española. Aquí trabajó con Virginia Fábrega. Más tarde reapareció en Madrid, en el teatro de la Cereña.

De allí partió de nuevo, con la compañía de Rosalía Pina. Nuevamente ingresó en la compañía Guerrero-Mendoza. Y junto a ellos hizo la labor más destacada de su carrera, estrenando *La noche del sábado*, *El misterio del caso amarillo* y sobre todo el famoso drama *La melancolía*, en cuya genial interpretación «El rubio» es clásico en España, elevándose a la categoría de actor de personalidad. Separe al poco tiempo de esta compañía, e ingresó como director, creador y actor, habiendo trabajado con Marta Tabau, Irene López de Heredia, María Palao..., interpretando las obras mundialmente famosas, como *Wa Li Chai*, *El amigo Teddy*, *El eterno don Juan*, *El pobre muñeco*, *El negro que tenía el alma blanca*, etc.

Marchó a Hollywood bajo la bandera de la Paramount, para filmar *Cascarrabias*, con Carmen Guerrero y B. Norton; *Galas de la Paramount* (revista); *El comediante*, con Aníbal Benítez y B. Norton. Pasó luego a la Metro, cinematizando *Wa Li Chong*; *Cheri-Bibi*, con María F. Ladrón de Guevara; *Su última noche*, con María Alba, y *El soldado de San Alonzo*, su última película.

Amigo cineastas, le ruego que para esta su comprima un «poquito» sus preguntas.

POFOSFITOS SALUD

Eficaz y rápido contra Anemia, Inapetencia y Neurastenia

¿CUÁNTOS CINES HAY EN EL MUNDO?



Regional
Denny y Li-
lian Bond
en la peli-
cula Metro-
Goldwyn-
Mayer «De
patronadas».

SEGÚN LAS ÚLTIMAS ESTADÍSTICAS, PASAN DE 65.000, HABIENDO EN EUROPA CASI EL MISMO NÚMERO DE ELLOS QUE HAY EN AMÉRICA

por MANUEL P. DE SOMACARRERA

Es muy difícil precisar con exactitud el número de cines que hay en el universo. Sin embargo, no lo es tanto averiguar los que hay en algunos países. Para ello basta con fijar la vista en las últimas estadísticas, aparecidas en las revistas profesionales, y luego, con un poco de paciencia, ir anotando nombres, compulsando cifras, hasta conseguir, mediante algunos pequeños cálculos u operaciones aritméticas, el resultado que se desea obtener.

Actualmente en Francia, según hemos podido comprobar, existen unos 4.000 cinematógrafos, estando más de la mitad equipados con material sonoro. Por el contrario, Inglaterra dispone de 4.096, de los cuales, 982 continúan exhibiendo películas mudas. Se calcula que la censura inglesa pasó, en la temporada que fine, mil novecientos millones de metros de película.

Tocante a Alemania, se sabe que hay en ella más de 4.000 salas de proyección, cuya tercera parte se dedica al film sonoro. La mayoría de esos cines radican en Berlín. Durante la temporada que agoniza, han sido sometidos a la censura alemana 209 películas, de las cuales eran producción nacio-

matógrafos no llegan a la mitad los que se hallan destinados al sonoro.

De lo que se deduce que hay naciones que, no obstante su importancia geográfica, pese a vivir con los mayores adelantos e imponer su ritmo acelerado en todas sus actividades, sienten una pequeña indiferencia hacia todo lo nuevo y ruidoso. Unos por razones económicas o tradicionales, otros por ética o conveniencia. E igual sucede con la producción cinematográfica ya que es sabido que donde más cinematógrafos existen suele ser menor la misma.

Sin ir más lejos, en España, apenas si producimos o no producimos nada; pero en cambio, el número de cines existentes aquí es mayor que el de otros países considerados de mayor importancia. Prueba de ello es que contamos con casi 3.000, pasando por cada uno de ellos un promedio de igual número de metros de celuloide, cuyo rodaje total alcanza diariamente la cifra de 8.400.000. Ahora calculamos que el precio sea de cuatro céntimos por metro y el resultado nos demostrará que se gasta por este concepto todos los días en España la res-

nal 72, de procedencia americana 47 y el resto de diversos países. También es curioso saber que más de 45 de los films primeramente citados han sido acogidos con gran complacencia en los Estados Unidos. De los 900 cines que tiene Austria, 171 se hallan en Viena. Suiza se conforma con tener 125 debidamente instalados para la proyección de películas sonoras.

En Polonia funcionan 727, capaces de albergar 232.702 espectadores; Varsovia cuenta con 57 y Lodz con unos 30. Sin embargo, Suecia, a pesar de tener solamente 600, viene a producir anualmente unas 30 películas.

Respecto a los 480 cines existentes en África del Sur, diremos que solamente 56 se dedican al sonoro. Esto prueba que todavía existe un buen mercado para los films silenciosos. E igual que en África, acontece en otros países del Asia, tales como China y Japón, por cuanto el número de locales habilitados para la proyección de películas mudas es mucho mayor que el dispuesto para las sonoras. Durante el año 1930-31 los estudios japoneses de Tokio y de Kioto, produjeron 750 películas, y a causa de los recientes disturbios no han podido producir este año las doce semanales que anteriormente se habían anunciado y hubieran servido para surtir las demandas de todos los cinematógrafos del Sol Naciente. En Shang-hai, sólo funcionan actualmente media docena de cines de los 28 que antes funcionaban normalmente. Todo es debido, como sabemos, a la guerra entre chinos y japoneses.

Asimismo en la América del Sur y Centro América, existen muchos cines desprovistos de instalaciones sonoras. México, por ejemplo, que cuenta actualmente con 750, sólo dispone de 160 para la exhibición de material moderno. Y no hablamos de Norteamérica por cuanto a pesar de ser el país del mundo que más importancia tiene respecto a la industria cinematográfica, y poseer cerca de 13.000 cine-

(Continúa en la página 31)



La nueva Clara Bow

Hace más de un año Clara Bow abandonó la pantalla debido a su delicado estado de salud.

Rex Bell, su joven esposo, le propuso alejarse de la ciudad, a cuya vida agitada atribuía todos los males de Clarita. Rex poseía un magnífico rancho en Nevada. Podían trasladarse a él, y allí, en plena naturaleza, donde todo es purificador y saludable, Clarita se restablecería rápida y completamente.

Estas razones convencieron a la artista, y a la semana siguiente, estaba el matrimonio en el rancho de Nevada. Como

la casa era vieja y de construcción antigua, Rex le hizo derribar y construir en su lugar otra que reuniera las debidas condiciones de comodidad y modernidad.

La nueva casa tiene cuatro dormitorios, un gran salón, electricidad y todo, en fin, lo que hace cómodas y gratas las viviendas de la ciudad. No es suntuosa, pero sí muy confortable. El matrimonio no se ha preocupado de deslumbrar a sus amistades, sino de vivir bien. Cerca de ella hay una piscina en la que Clara sigue practicando su deporte favorito: la natación.

El rancho ha sido bautizado con el nombre de Clarita. Es muy extenso: ochenta kilómetros de longitud por cuarenta de ancho. Para darse cuenta de estas dimensiones basta comparárlas con las de la ciudad de Nueva York, la cual mide poco más de tres kilómetros de anchura por unos quince de largo.

Es notable el cambio que se ha operado en la pelirroja de Brooklyn desde que hace vida campestre.

A las pocas semanas de vivir en el rancho recuperó el apetito y desapareció el insomnio. Como en ningún momento ha dejado de hacer ejercicio, no ha engordado más que lo justo para que sus formas esculturales adquirieran la debida firmeza conservando toda su agilidad y toda su gracia.

Ahora se siente feliz y está siempre contenta.

El rancho y su marido absorben toda su atención. Frecuentemente se la ve mezclada con el ganado haciendo de vaquera y llamando a cada animal por su nombre, pues aunque son muchos, los conoce a todos.

Lo mismo puede vérsela montada a caballo que conduciendo una vagoneta, que trabajando en la reparación de las vallas. Lo único que no puede hacer es permanecer inactiva.

Al mismo tiempo, se ha convertido en una perfecta ama de casa. Cuando llegó al rancho en compañía de su esposo, no sabía guisar. Ahora, en cambio, hace ella la comida y la hace tan bien como el cocinero, el cual se ha ido convirtiendo en pinche de Clarita.

Su esposo ha tratado por todos los medios de que no se moleste en cocinar, pero es inútil. A la hora de hacer el almuerzo o la comida, la encantadora ama de casa se mete en la cocina y de allí no hay quien la saque.

En el fondo, Rex Bell está encantado, porque Clarita prepara unos menús deliciosos y ha aprendido a hacer varias clases de tortas y pastelas exquisitas.

Otra cosa que ha aprendido Clarita en el rancho es a manejar el rifle con singular destreza. Los escasos moradores de aquellas soledades, incluyendo al sheriff, están asombrados de verle hacer estupendos blancos a una distancia de cincuenta metros. Cuando Rex Bell iba pregonando esta habilidad de su esposa nadie le creía. Hasta que un día reunió a los incrédulos en su rancho y rogó a Clarita hiciera una

exhibición de tiro. Ella accedió de buen grado y asombró a los espectadores disparando varias veces sobre un mismo blanco sin fallar un tiro. La encantadora pelirroja está tan entusiasmada con su rancho y con su nueva vida, que cuando un amigo le dijo hace poco:

—¿Qué le parece si esta propiedad, por obra de magia, se situara de pronto en Beverly Hills?—

Clarita contestó:

—Me parece que perdería para mí todo su encanto.—

Y no miente al hablar así. Lo que mejor prueba el cariño que tiene a su rancho es el haberse opuesto a que su marido lo vendiera a pesar de que le han hecho ofertas ventajosísimas.

El rancho «Clarita» es algo consustancial al nuevo ser en que «el orgullo de Brooklyn» parece haberse convertido y se siente tan ligado a él como a su amado y amante esposo.

Todo esto parece probar que Clara Bow no volverá a establecer su hogar en Hollywood. Pero ¿quiere ello decir que no volverá a trabajar en el cine? No. El temperamento artístico de la admirada pelirroja es algo que no puede acallarse fácilmente. A los pocos meses de vivir en el rancho, y a pesar del cariño que ha llegado a profesarle, comenzó a sentir la nostalgia de sus éxitos y la idea de trabajar, de nuevo ante la cámara, no se ha separado ya de ella un momento.

Es más, Clarita tiene ya firmado un contrato que la obliga a trabajar en cinco películas del Oeste. Un día fué a la ciudad a hacer unas compras y se tropezó casualmente con los directivos de una empresa, muy amigos suyos. Se entredaron a hablar de cosas de cine y, cuando se separaban, Clara Bow había firmado aquel contrato que aseguraba su reaparición en la pantalla, reaparición que se espera con vivo inte-



Clara sonríe como antes, aunque su sonrisa actual está menos cargada de especias.

calidadosamente. También ha escrito su biografía. La conservo íntegra y espero que algún día la podré publicar por mi cuenta. Varios editores han hecho a Clara ventajosas ofertas para publicarla, pero ella se opone. No quiere hacer un negocio de lo que representa un tesoro de intimidad.—

Esta es la nueva Clara Bow, la simpática estrella que va a resurgir en la pantalla con flamantes brillos.

Luis P. Bellver



Clara Bow y su esposo Max Bell en el rancho de su propiedad, situado en Nevada.



Gwen Andre, Richard Dix y Edward Everett Horton en la emocionante película de la Radio Pictures «Manchurias»; foto exclusiva para Pícsos Selectos.

Una gran sesión pueblerina

A asuntos personales me han llevado a un pueblecito no lejos de la capital...

Apartado del ajetreo de la ciudad con sus ruidos ensordecedores, con su dinamismo que parece llevamos injertado en nuestras venas obligándonos a una vida de prisas y de nerviosismo, acaba de nacer en mí el íntimo propósito de divorciarme, por una sola vez, de mi vida actual, de olvidar los estrenos, de qué existe el mismo cine, para gozar plena y apaciblemente las delicias de la vida pueblerina.

Pero...

Las esquinas de las calles del pueblo luciendo sus carteles multicolores — profusión de rojo, azul y amarillo escandalosamente combinados — me dicen que el cine me ha seguido.

Compañero inseparable de mi vida no ha querido resignarse a mi abandono.

Sin embargo, sintiéndolo, pienso aquel día herirlo con el desengaño de mi ingratitud.

Me propongo tenerlo completamente olvidado para desprenderme de esta inquietud tan suya, característica de su vida que se me ha contagiado por nuestro continuo contacto.

Pienso mantener firme, inquebrantable mi decisión.

Pero...

Cuando la tarde inicia su rápida carrera huyendo de la persecución de la noche, siento que el cine, introducido en mi espíritu, suplica con desgarradores acentos, me hace tentadoras promesas de insospechados goces, me habla de subyugadoras melodías...

¿Qué haré?

Inconscientemente me encuentro frente al templo donde se le rinde culto. Grandes cartelones en las paredes — la misma encoñada batalla de rojo, azul y amarillo —, profusión de fotografías — pésimas reproducciones —, que piden la jubilación a gritos...

Dudo aún unos momentos...

Finalmente... he de declararme vencido.

Dentro ya, siento en mi interior algo completamente exótico, algo que no recuerdo haber sentido jamás...

Me siento «público», enteramente público, con todos los atributos que me confiere la peseta y veinte céntimos que acabo de dejar, contante y sonante, en la taquilla...

Sin embargo, mi condición de crítico riñe una enconadísima batalla con mi nueva personalidad de público que inopinadamente ha surgido en mí...

Seguramente habrán llegado a un acuerdo porque siento renacer la paz en mi interior.

Me quejo, para mis adentros, de la dureza de la butaca en que acabo de sentarme. La queja debe de ser efecto de mal humor, ya que ello no debe sorprenderme por cuanto en la ciudad sufre también en algunos salones de estreno la agresividad de similares butacas...

Observo que se está proyectando un noticiario sonoro. Los niños, a quienes por lo visto se reservan las primeras butacas aun cuando el local dista mucho de estar lleno, están armando un verdadero alboroto, jugando y peleando entre sí.

Instintivamente inicio un «¡psh...!» que muere en la frialdad de la sala. Vuelvo la cabeza a mi alrededor y me doy cuenta de que la mayoría de espectadores están hablando entre sí, discutiendo, quizá, detalles de la cena...

Decididamente, por lo visto, el noticiario no interesa, aun cuando, en el caso a que me refiero, se trata de una verdadera actualidad...

Así, en reunión que podríamos llamar familiar, llegamos al descanso.

Las luces han sido dadas...

Observo el local. Paredes encaladas sin adorno alguno, frías, casi agresivas. Grandes ventanales cubiertos de cortinajes rojos, inquietados continuamente por un alicillo que penetra por las rendijas. El piso de madera, sin alfombrado alguno. Ello no tendría nada de particular si la gente tuviera buen cuidado al andar, especialmente durante la proyec-



Con la ayuda de Ben Lyon en su papel de gígolo profesional, Constance Bennett excita el interés de Albert Conti y el de muchos otros admiradores, en su nueva película «Lady With a Past», dirigida por Edward H. Griffith, para la R. K. O.-Pathé. (Foto exclusiva para Fotos Sotomayor).

ción. Pero... ¡que te crees tú eso! El alboroto que se arma al andar es fenomenal.

Hay calefacción en la sala. Un vecino de butaca me explica que es una innovación reciente. Este invierno nos calentamos, concluye.

Así debía de ser en efecto, porque siento por mis pantorrillas el soplo de un alicorillo bien poco agradable, tanto más cuanto que contrasta con el cálido ambiente de la sala.

Se apagan las luces...

Un murmullo, igual al que haría un enjambre de abejas, me indica que va a proyectarse el plato fuerte de la sesión.

Efectivamente así es...

Le toca el turno a «El proceso de Mary Dugan».

Observo una particularidad. Mejor diría una anomalía. La película se proyecta por disco y al lado de la imagen queda el continuo jugueteo de la banda completamente abierta. Se me antoja un descuido. Pero la proyección va avanzando y la cosa persiste. Y lo que más me sorprende es que el público nada objeta y sufre — ¡sufrir! — impertérrito aquellas explosiones de luz al lado de la imagen.

Pregunto a mi vecino...

Se muestra extrañado.

—«Aquello» es de las películas sonoras — objeta, envaneído, creyendo hacer un descubrimiento —. Todas tienen aquella gran raya blanca — añade...

No puedo ocultar una sonrisa...

Se lo explico. Parece cuer de las nubes. Finalmente se encoge de hombros.

—No nos molesta — dice —, estamos acostumbrados... —

No quiero meterme en honduras. Allí ellos y quienes quieren ponerle remedio...

Ahora observo que el paso de una parte a otra se pone de relieve por una serie de anomalías. En primer lugar cuando en una de ellas el sonido es tan bajo que apenas puede oírse, en la siguiente grita hasta desgajarse. Además, cada parte es empalmada en la máquina pasados los veinte o treinta primeros metros, en tanto que en la anterior queda cortada antes del final, de manera que se produce un inconcebible salto de escenas que haría volver loco al espectador más cuerdo, siempre que no se tratara de este local. Porque

aquí nadie hace caso. Todo el mundo queda impassible. Por lo visto, la cosa es corriente.

Son datos para la historia...

Finalmente un accidente arranca al público de su impassibilidad. Al efectuar un cambio de parte la película sale desincronizada. Se oye a los actores cuando nada hablan y viceversa. Hay unos pocos silbidos, pero la cosa no pasa a mayores. Y la proyección continúa sin que se trate de normalizarla. Por lo visto el operador — conste que no bromeo al darle este nombre — ha de consultar el «Manual del operador» para encontrar la solución al caso. Y el público, enfadado al fin — ¡al fin! —, grita y patea.

Se ha proyectado más de media parte completamente desincronizada y, como el librito seguramente no ofrece un consejo apropiado o el operador (?) en su nerviosismo no sabe encontrarlo, «se come» la media parte restante — ¡qué mala digestión! —, y nos lleva como si tal cosa a la siguiente...

¡Todo arreglado! Unos pequeños silbidos — pocos — ante la desarticulación de la trama y ya luego, todo en silencio.

Todo menos el aparato que grita ahora desaforadamente...

No puedo aguantar más. Ignoro si la risa o la indignación. No podría precisar ahora...

Detrás de mí viene el cine, gritando y suplicando...

¡Lo mando a paseo! ¡Menuda me la ha jugado!

Y juré vengarme...

Pero, luego, ya repuesto de mi indignación, he reflexionado. ¿Qué culpa tiene el cine de que existan empresarios tan poco escrupulosos a quienes sólo interesa el dinero de la taquilla?

¿Ni que existan operadores que vayan sólo a hacer marchar unas máquinas sin conocimiento previo alguno?

¿Ni que por desgracia haya aún, especialmente en los pueblos, un público tan inculto cinematográficamente?

La cosa debería dar qué pensar...

¡Y mucho!

Que tal vez de ello surgieran algunas enseñanzas...

¡Porque la cosa está que arde!...

Y el cine se queja...

Y con razón...

José Sagré

Estrellas de ayer y estrellas de hoy

de Camarón

ANTE todo conviene explicar la significación exacta que en Norteamérica tiene la palabra «star» y que nosotros, al traducirla, dividimos en dos: «estrella», para la mujer, y «astro», para el hombre.

No es estrella o astro todo gran artista de cine. Esta denominación se reserva para la actriz o el actor cuyas características permiten a los empresarios o realizadores dejar de su cuenta todo el atractivo del film. Por ejemplo, Greta Garbo es una estrella. ¡En cuántas películas no la hemos visto actuar rodeada de artistas de segundo orden y siendo su nombre el único atractivo del film! En cambio, Lionel Barrymore, tan formidable, no es un astro, pues él se niega a actuar como tal y prefiere desempeñar un segundo papel que le cuadre y sea de su agrado a encarnar sistemáticamente el de protagonista.

En estas condiciones, el tema ofrece sugerencias interesantes que dejaremos para otro artículo. Ahora, aclarada la significación de «estrella», volvamos al camino que nos traza el título de estas líneas.

El cine hablado, como era de esperar, ha originado importantes cambios en el firmamento cinematográfico. Algunas estrellas del cine mudo han subsistido por encima del temporal, y ahí tenemos a Norma Shearer tan estrella y tan de primera magnitud como siempre, pero otras han tenido que ceder el paso a la juventud que esperaba turno y que ha aprovechado la conjuntura de la revolución microfónica para deslizarse en los estudios.

La «Metro-Goldwyn-Mayer» es la que mayor número de estrellas tiene este año. La lista de las antiguas — una antigüedad muy relativa, claro es — está formada por Ramón Novarro, Norma Shearer, John Barrymore, Marion Davies, John Gilbert, Joan Crawford, Buster Keaton, William Haines y Wallace Beery. Hemos dejado a Greta Garbo para el final porque, aunque sigue siendo hoy por hoy estrella de estrellas, su actuación en los estudios hollywoodenses no es segura. La nueva hornada está constituida por Clark Gable, el galán viril, de múltiples facultades y en el que el tipo y la simpatía personal, con ser en él dos cualidades bien definidas, no constituyen sino una parte muy pequeña de sus méritos y atractivos. Otra estrella nueva — aunque parezca paradójico por tratarse de una artista veterana — es Maria Dressler. La genial característica ha alcanzado ese puesto envidiable que le permite ser el único faro en el reparto de un film. También figura en la lista el pequeño Jackie Cooper, imitable intérprete de «Skipt», aquel film «Paramount» todo ternura que nos proporcionó una hora de deleite artístico inolvidable.

«Paramount» es, por el contrario, la casa que más artistas ha suprimido, siguiendo un plan de economías comenzado con anterioridad. De aquí que del cuadro estelar de la temporada última sólo quedan Marlene Dietrich, Gary Cooper, Jeanette Mac Donald y Mauricio Chevalier. También figura en la lista el gran Bancroft, pero hay ciertas dudas acerca de la renovación de su contrato. Sin duda el puesto de honor corresponde a Marlene Dietrich. Tal vez opinen otros que el mejor de la lista es Mauricio Chevalier, pero nosotros creemos ver algo más positivo y perdurable en la estrella alemana. La relación de estrellas nuevas debe ser encabezada por Sylvia Sydney, maestra en el arte de conmover y conseguir que las emociones propias se comuniquen rápidamente al espectador. Para ello Sylvia Sydney pone en juego una serie de cualidades que jamás la llevarán al fracaso. Esas cualidades son las dulces inflexiones de la voz, la sobriedad en el ademán y la formidable

fuerza expresiva de los ojos aun en sus momentos de mayor inmovilidad y serenidad. Siguen a este nombre los de la espiritual Claudette Colbert, Miriam Hopkins y Fredric March, actor de nervio y figura en extremo simpática.

En el antiguo firmamento de la «Fox» siguen brillando la pareja Gwynn-Farrell, ella insuperable de emoción y de ternura como siempre; Will Rogers, el gran actor, y Warner Baxter, el galán romántico. Entre las nuevas estrellas destaca Elissa Landi, majestuosa y señorial, inimitable en su exquisitez y en su elegancia y artista de una espiritualidad penetrante. Aparte estos méritos hay en esa actriz algo que no se puede concretar, pero que cautiva y convence desde el primer momento. Joan Bennett es otra nueva estrella de la «Fox», y se da el caso curioso de que la pareja Gwynn-Farrell, ha encontrado un rival dentro de la misma casa. El nuevo astro doble está formado por James Dunn y Sally Eilers, que se han consagrado con el film «Marido y mujer», cuya versión española ha corrido a cargo de Conchita Montenegro y George Lewis.

Chaplin, Fairbanks, Ronald Colman y Gloria Swanson siguen formando la antigua lista estelar de «Artistas Unidos». Este año se han sumado a ellos Harold y Al Jolson. A la gloriosa Mary no la incluimos porque, al parecer, ha dejado definitivamente la pantalla. En la nueva lista figuran Ina Claire, estrella de gran porvenir y positivo mérito; Eddie Cantor, que posee el secreto de los grandes éxitos, y Jean Harlow, gran temperamento artístico, que a última hora dicen que ha pasado a la «Metro».

«R. K. O.» y «Pathé», al fundirse, han formado la siguiente relación de viejas glorias: Pola Negri, Dolores del Río, Ann Harding, Constance Bennett y Richard Dix. De estos habrá que borrar tal vez algún nombre antes de que termine la temporada, porque ni la veterana Pola Negri ni Dolores del Río se mantienen en sus puestos con la necesaria firmeza. Tampoco podemos citar muchos nombres de nuevas estrellas. Varias apuntan en el cuadro de esta casa, pero por ahora sólo han conseguido brillar francamente Irene Dunne, y la característico Edna May Oliver.

Citaremos dos nombres de la «Universal»: el famoso Tom Mix, entre los veteranos, y Lew Ayres, galán de la nueva hornada que ha logrado un éxito vertiginoso en Norteamérica.

Bébé Daniels, Richard Barthelmess, Dorothy Mackaill y William Powell son los nombres más conocidos del grupo veterano de la «First National». Todas estas estrellas, por desdicha, parecen amenazadas de derrumbamiento. En cambio, en la nueva lista hay valores sólidos que son para la empresa justificada esperanza. Fairbanks, junior, es en este grupo el valor más positivo. El hijo del veterano Douglas es un actor de gran talento, cuyo camino hacia la cumbre quedó trazado desde el primer momento. Otro astro: Edmund G. Robinson, admirable en todos conceptos. Y una estrella, Jean Blondell, que tiene el mérito de haber llegado en los Estados Unidos a la cumbre de la popularidad y del éxito sin ser nada extraordinario de cara ni de figura.

Finalmente, mencionaremos al nuevo valor de «Columbia», Bárbara Stanwick, que se codiza con Jack Holt, firme en su puesto de astro veterano.

Este es el actual panorama estelar de Hollywood. ¿Hasta cuándo? Eso nadie lo puede prever, pues depende, más que de los méritos de los artistas, del gusto del público, el cual varía constantemente de posición, como la Tierra con respecto al firmamento real.

J. B. VALERO

Perfecta caracterización de un actor en la película distribuida por Cines «El Guelmouna» (El mercader de arena)



ERASE UNA VEZ UN VALS Filmoteca

ARGUMENTO. — El joven Rudi Möbius es el heredero de una entidad bancaria berlinesa, pero dicha entidad está en la ruina. Rudi tiene al asesor Pfenning como consejero paternal.

Vinculados por negocios idénticos, residen en Viena la señora del cónsul general Weidling y su hija Luzie, quien está ya en edad de contraer matrimonio. Luzie, con sus millones, significa para Rudi la salvación y a lograr este fin le anima su asesor Pfenning.

Vencidos así los obstáculos que impedían la salvación de la Banca, Rudi se ve obligado a marchar a Viena; pero aquel día quiere pasarlo divirtiéndose y gozando por última vez de su libertad. Con este ánimo toma dos butacas para la opereta «Erase una vez un vals», pero una de ellas le cae a la calle desde el balcón del hotel y quien la encuentra es una encantadora muchacha rubia, la cual, tan agradable impresión causa en Rudi, que le ruega ir con él a ver la representación, quedándose después aún tiempo para ir a Grinzing.

Llueve mucho, y no sin apuros logran tomar un coche, en el que habrán de dar acogida a otra pareja: el flautista Gustl Linze y Luzie Weidling, hija del cónsul general Weidling. Una vez llegan a Grinzing, desaparecen Rudi y la muchacha por uno de aquellos locales; en cambio Luzie y Gustl se quedan en el coche paseando continuamente por las mismas calles.

—Debes raptarme, Gustl — le insinúa Luzie, mientras amanece la víspera del día en que ella habrá de casarse con Rudi Möbius, obligada por su madre, quien cree que Möbius posee una inmensa fortuna.

—¿Raptarte? — exclama con desaliento el poco energético Gustl.

Y Luzie ve desvanecerse sus esperanzas.

Entretanto, Rudi y su compañera empiezan a enamorarse; pero Rudi le habla de sus pensamientos sobre el porvenir tan triste que le aguarda y es la visión de aquella muchacha lo que logra ahuyentar sus amarguras.

Que Rudi y Luzie habrán de reconocerse al día siguiente en casa de la señora del cónsul general, inútil es decirlo; mas la natural discreción les obliga a contenerse. Una vez



se ven solos, dan rienda suelta a sus corazones, ya que si les empujan al casamiento es por causa del dinero. Entonces, de acuerdo entre ellos, Rudi animará a Gustl a que rapté a Luzie, y ésta promete a aquél buscar a su muchacha, de la que sólo puede tener algunos detalles de una pequeña silueta recortada.

Mientras Rudi se dirige a Gustl y le da una lección sobre el tema «Cómo ser energético», Luzie manda hacer grandes carteles con la silueta ampliada, para que los muestren por las calles y con las palabras: «Preséntese en seguida en el Hotel Bristol». Poco después la sala del hotel se ve repleta de jóvenes rubias, sin que la verdadera esté entre ellas. Una casualidad hace que Rudi encuentre a su amada. Steffi se llama ella y es la hija del propietario de los viajes circulares Pirzinger. Todos los errores quedan subsanados y la misma Steffi se compromete a huir con él hacia Berlín.

Una vez han tomado el tren, se encuentran frente por frente — como entonces en el coche — con Gustl y la por fin raptada Luzie.

Entretanto, Pfenning ha descubierto que los millones de los Weidling sólo existían en su imaginación, y así también el notario Sauerwein, representante de los Weid-

ling, quien ve que tampoco hay nada en casa de los Möbius. Ambos se apenan al saberlo, y más aún la señora Weidling, que piensa con horror en el evidente rapto de su hija por Rudi. Entonces llega Pirzinger, ya que su hija ha sido también raptada. ¡Qué horrible! Un hombre escapándose con dos mujeres.

Con el auto de Pirzinger persiguen a los fugitivos y los encuentran en la deshabitada casa de los Möbius, sin que se arrepientan de lo que han hecho, y logrando así el permiso matrimonial. El edificio de la antigua banca lo transforman en un restaurante vienés, logrando atraer gran número de berlineses, particularmente sirviendo un camarero como Rudi y dos muchachas tan atractivas como Steffi y Luzie... y así vemos cómo la orquesta está dirigida por Gustl; la caja atendida por la señora del cónsul general; el guardarropa por el asesor Pfenning; de conserje el notario Sauerwein, y a Pirzinger explotando el trayecto de Viena a Berlín.

Fotos Aslo



El cine y la moda

Pijama y elegantísima túnica de terciopelo, presentados por la interesante estrella china Anna May Wong, protagonista, con Marlene Dietrich, de la película "El expreso de Shang-Hai"



Parejas de

la temporada



En la parte superior, Marta Eggerth y Gustav Fröhlich, que actúan en "Una canción, un beso, una mujer". En la parte inferior, a la izquierda, Vivienne Osborne y Clive Brook, en "Maridos errantes" y a la derecha, Nancy Carroll y Philips Holmes en "Remordimiento".



MUJERES BONITAS

Anny Ondra en la película, de
Exclusivas Febrer y Blay,
"Una noche en el paraíso"

LARAYA

Nuevo descubrimiento de Joinville

IV. - SOMBRAS, SILUETAS...

por JOSÉ LUIS SALADO

LOS TORERITOS DE ZULOAGA. — Yo no sé por qué estos comparsas de Joinville me recuerdan los toreritos de Zuloaga. Toreritos pálidos, dentro de los mortecinos brillos del traje alquilado, que Zuloaga suele pintar en alguna ruta polvorienta de Castilla, bajo el cielo cárdeno y bajo el verano. En realidad, estos toreritos — por cuya vida sin éxitos nadie ofrecerá «exvotos» de cera a las Virgenes llorosas del Sor — son un poco como los comparsas del toro; es decir, son como sombras: unas borrosas sombras cargadas de melancolía. De ahí — quizá — su parecido con los comparsas del cinema. Los comparsas del cinema — los comparsas de Joinville, los de Billancourt, los de Epinay — no han llegado todavía a esa gloria luminosa y concreta del «primer plano». Probablemente, no llegarán nunca. Los comparsas se quedan atrás, al fondo, en la zona que el «cameraman» recoge borrosamente. Son, en efecto, como otras sombras, hasta el punto de que se les da en Francia, incluso para designarlos corporativamente, un vago título que Gorki — el Gorki piadoso de los «ex hombres» — no hubiera podido mejorar, y que resume, en el ceñido abrazo de tres sílabas, todo su dramatismo pequeñito de gentes en fracaso. ¿Y qué título es éste? Pues el de «figurants». Esto es, se les llama figurantes. Se les considera, pues, como una especie de humo del cinema; como algo inmaterial y que, desde luego, no se rige — en cuanto a la esperanza o al dolor — con arreglo a las leyes que existen para los demás hombres. Pero el nombre de Hollywood es aún más cruel. En Hollywood, como posiblemente no ignora nadie, se llama «extras» a estas melancólicas sombras del cinema. Es decir, se les estima poco menos que si fuesen restos humanos. Y eso son, en fin de cuentas: despojos, sobras de Hollywood.

«Un film — escribe Michel Gorec en su libro «Le monde truqué» — reposa sobre una masa compacta de vida que los encargados de la figuración deben suministrar al «metteur en scène». Hace falta que un film consuma mucha vida ajena

para que dé la ilusión de lo real a las masas. Los figurantes de Hollywood venden la suya por una cantidad modesta: cinco, siete o, si acaso, diez dólares al día.»

Y en el mismo libro — que es un libro amargo y desesperanzado: un «Eclesiastés» del cinema — se recogen ciertas palabras del novelista Upton Sinclair sobre el mismo punto.

«Ninguna dignidad humana — escribe el revolucionario autor de «Petróleo» — en los comparsas de Hollywood. Estas gentes semejan peces muertos que continuasen nadando en el agua. Yo he tratado de hablarles de la socialización del cinema, de sus funciones al servicio de la colectividad, de su posible dirección económica por los trabajadores de los estudios: no me han comprendido. He tratado, además, de insinuar en ellos la idea de la huelga: me han vuelto la espalda. Los figurantes de Hollywood parecen separados de la vida, de toda vida social. El tiempo se ha detenido para ellos. Fuera de los estudios y de los encargados de la figuración, no conocen nada, nada. Terrible.»

Pero — bajo los naranjos de California — el fracaso, como el éxito, está sometido a las leyes de la publicidad. Es decir, de la misma manera que se sabe cómo vive Carole Lombard en su «bungalow» de Beverly Hills, se conoce, con esa rotunda precisión de la estadística, cuántas personas de ambos sexos figuran en los «castings» de Hollywood. Lo cual quiere decir que un momento de crisis — y Hollywood está ahora en ese momento, con casi todos los estudios cerrados por falta de apoyo en Wall Street —; en un momento de crisis puede saberse, exactamente, cuánta gente se muere, allí, de hambre. Y, sin llegar a la crisis, se puede suponer fácilmente, en cada ciudadano de Hollywood, un vencido o un triunfador — según los casos — del cinema. No es tarea demasiado difícil adivinar, por ejemplo, una melancolía de fracaso — fracaso de cinema, naturalmente — en la camarerita que, en una «cafetería» cualquiera de «Hollywood Boulevard», os sirve, con sus pálidas manos de «madonna» venida a menos, un «sandwich» de salchicha. Y tan

fácil es — por el contrario — sospechar un magnate del «écran» dentro de ese automóvil charolado que acaba de detenerse a la puerta de «Pickfair». Total: que, en Hollywood, la victoria, como el fracaso, atentan a la ley del día. Pero en París — a media hora de Joinville — ¿quién podría identificar



En esta fotografía puede verse a Fernando Soler, a José Isbert, a Florián Rey, al escenarista de «Las luces de Buenos Aires... (Y las muchachas)» ¿Quiénes son? ¿Vedettes de Joinville? No. Figurantes nada más: sombras, siluetas borrosas de Joinville. Eso sí, una sombra de cada nación. En este grupo hay una muchacha sueca, una italiana, una rusa, dos alemanas...

a los vencidos del cinema? En París son imposibles las comprobaciones piadosas.

Por otra parte, el cinema no es — bajo las luces de Montmartre — la sola deidad que exige víctimas. Los vencidos del cinema, si los hay, unen su dolor al color colectivo del suburbio. ¿Quién reconocería a esos vencidos en las «sopas populares» o entre los mendigos que duermen bajo los puentes del Sena? Además, «faire de la figuration» no es, en París, una profesión concreta. Muchedumbres de todos los tipos y de todas las razas nutren los «castings» de Epinay, de Courbevoie, de Joinville. Los ficheros de Joinville — que yo he podido repasar una mañana — son, por ejemplo, un muestrario completo de cuanto luce, allenta, fluctúa, malvive, espera o naufraga en la gran ciudad. Todas las mujeres bonitas a quienes deslumbra el cinema figuran allí, con su retrato y sus señas: su talla, el color de sus ojos, la tonalidad de su pelo. Y lo mismo todos los caballeros que tienen alguna hora libre dentro de la vaga profesión del «gigolotaje» en pequeña escala. Y todas las excepciones humanas: cojos, mancos, ciegos para los films guerreros de Raymond Bernard, jorobados que pueden trabajar en «Nuestra Señora de París». Y todos esos monstruos pavorosos que se exhiben en la feria de Neuilly. Y todos los colores: el negro de los figurantes de Tombouctou, el amarillo de Shang-Hai o de Tokio... En fin, todo cuanto puede necesitar un «metteur en scène», y que — anotado meticulosamente en las fichas de Joinville igual que en el catálogo de una tienda de antigüedades — es un poco como el monstruo de cien cabezas. ¿De cien nada más? De mil, de tres mil, de cinco mil cabezas... El número de los figurantes inscritos en Joinville — los mismos, aproximadamente, que hay en los otros estudios — asciende a varios millares. Esto aparte, hay que contar la petición diaria, el asalto de cada mañana a la «Régie». Por lo general, se acude a los estudios de cinema en busca del billete de cien francos con que contener — en el sordido hotel de Saint Denis o de la Chapelle — la amenaza del desahucio. También se suele alternar la profesión del cinema con la del amor sujeto a tarifa. Francis Carco, sin moverse de Joinville, encontraría muchos personajes femeninos para sus novelas de la «rue Pigalle». Muchachitas a quienes es doble ver, a la noche, en la acera luminosa del «Château Caucassien» o que — en la otra orilla de París — bailan incansablemente en «biguine» bajo los espejos mareantes de «La Coupole».

Ya se comprenderá, sin embargo, que no todas las muchachas que trabajan como figurantes en Joinville hacen el «trottoir» en la «rue Pigalle». Bastantes — bailarinitas del «Folies-Bergère» o de «Los Bufos», por ejemplo — tienen un empleo vagamente honesto que les asegura el pago del hotel y la frugal alimentación diaria. El cinema supone, para ellas, los zapatitos costosos de Perugia, el collar de Lancel, la «robe» que puede adquirirse en los saldos de la «place Vendôme». ¿Nada más? ¿Es posible — se preguntará — que, entre todas esas bailarinitas del «Folies-Bergère», no haya ninguna Annabella «en herbe»? Pues no: no la hay. Y se comprende. El «music-hall» — el «music-hall» por dentro — es toda una escuela de desencantadas, de desilusionadas... Maryse Choisy — la autora de «Un mois chez les filles» — ha contado sus impresiones de seis meses de «music-hall» en un reportaje que dejó un regusto como de melancolía. Por lo pronto, esas muchachitas llevan seis años levantando la pierna derecha al compás de la música de Yvain sin haber logrado pasar todavía de los ochocientos francos cada mes. Cabe sospechar que ya no pasarán nunca de ahí. Cabe sospecharlo porque el «music-hall» — en París — es un lugar extático, donde las «vedettes» se conservan inalterablemente a través de los años, como quietas momias egipcias. ¿Cuántos años tendrá «Mistinguette»? ¿Y «Parisys»? ¿Y Marie Dubas? ¿Y Dania? A Dania la llaman, en París, nada menos que la «tragedienne de la chanson». Eso sí, merece el título. Yo he oído algún disco suyo: una voz dramática, como un sollozo; la voz de una Sarah Bernhardt que cantase canciones

Los compañías de cinema no llegan casi nunca a esa gloria luminosa y concreta del «primer plano». Cada siempre se quedan atrás, al fondo, en la zona que el cameraman recoge borrosamente. Y es una excepción que — como en esta fotografía de la primitiva versión de «Las noches de Port-Saïd» — aparezca una figurante desconocida al lado del galán...



He aquí a «Miss Universo 1934». Un día llegó al estudio. Entrada de gran espectáculo. Los santones de Joinville, curvándose, con su buen ramo de camelias en la mano. Cincos o seis camareramen, periodistas, alguna vedette ociosa. Y un grupo de petites figurantes que vagabundean por el jardín y que fué aplaudiendo, en la puerta, al olor de la belleza famosa...

de Cristhine. En cambio ¡qué lamentable estampa física, qué piel arañada por los años! Pero es que en los «music-halls» de París se tiene el feticheismo de la vejez, igual que nosotros lo tenemos en la literatura. En España, «Mistinguette» pertenecería a la Academia. En París, aun enseña sus piernas maravillosas a ochenta francos la butaca. Y quien dice «Mistinguette», dice «Parisys». («Parisys» — pequeña y rubia — acapara la escena del «Concert Mayol» con unos «complets» desvergonzados en que salta, invariablemente, la palabra de Cambromne...)

Se comprende, pues, la melancolía pasiva de estas bailarinitas del «Folies» o del «Casino», resignadas para siempre a su humildad. En todo caso, «Mistinguette», maternalmente, descubre ga-



En el casting de Joinville hay inscritos, también, algunos animales. Algunos animales inteligentes, claro está: animales que sirven para el cine. Por ejemplo, este pariente burro que Tony d'Algy y Gustav Püschel emplean para hablarse por teléfono...

lanes para monsieur Varna. Ella descubrió a Chevalier. Ella ha descubierta a Henri Garat.

UNA FIGURANTA SENTIMENTAL. — En general, Joinville está lleno de muchachitas desilusionadas, que pasean lentamente por el jardín del estudio, mirando, sin demasiada curiosidad, a las «vedettes» recién vestidas por Hubert. Si acaso, les interesa fugazmente algún adorno de la «robe». Pero nunca el maniquí ilustre que la exhibe. Y de ese maniquí — mucho más caro, naturalmente, que todos los maniqués, juntos, de la «place Vendôme»: cincuenta mil francos a la semana — hay retratos, con frecuencia, en «Cinéma» y «Pour Vous» recoge sus menudas confidencias a lo largo de la prosa de Aline Bourgois o de Roger Régent. Pero, en estas muchachitas del «Folies», el rencor hacia «Parisys» o hacia Marie Dubas ha cuajado en una especie de indiferencia, medio irónica, medio melancólica, para todas las «vedettes» imaginables, incluyendo — lógicamente — las del cine. Ni siquiera la ajena belleza les espolea...

Un día — por ejemplo — llegó al estudio «Miss Universo 1931». Entrada de gran espectáculo. Los santones de Joinville, que salen a recibirla, dentro del luto unánime de los chaqués; los santones, curvándose, con su buen ramo de camelias en la mano... Cinco o seis «cameramen», periodistas, alguna «vedette» desocupada. Y un bando de «petites figurantes» que vagabundeaba por el jardín y que va aplañándose, en la puerta, al olor — suave olor — de la belleza famosa. Con una de ellas — con una de las figurantas — como yo el arribo espectacular de «Miss Universo»: — Me da un poco de pena esa mujer — le digo —. Debe de estar abrumada bajo la pesadumbre de su título. ¡Ah! Maurice de Waleffe es un hombre cruel. No sólo no se satisface con hacer desgraciados a sus lectores de «Paris-Soir», sino que, además, siembra la infelicidad, cada año, en diez o doce mujeres excepcionalmente bonitas... — La muchacha — amarillo bajo su «maquillaje» — me mira:

— No lo crea usted — dice luego con lentitud —. La infelicidad viene luego, cuando termina el plazo de validez del título. Al acabar el año, acaba todo... — Todo no. Queda la belleza.

— La belleza, sólo la belleza, no sirve para nada. ¿Yo le parezco a usted una mujer bonita? Mireme bien. — La miro. Belleza andrógina, apenas sexual; casi el tránsito de la femina a Atenea. La Venus de Milo — es decir, la belleza académica — hubiera con-

A modo de
mois. He Si
mane le pa
rece que todo, en el
cinema, se mueve
bajo el signo del azar.
Por lo menos, el arribo
de una mu-
chacha bonita al
escenar se debe,
casi siempre,
a la casuali-
dad. ¿No lle-
gó así esta Zu-
zy Vernon?



siderado con desdén estos cabellos teñidos de ámbar claro, esta cintura inverosímil, estas piernas finas y largas como dos tallos de lirio. Una mujer artificial, en suma: una mujer «inventada» por Guerlain, por Elizabeth Arden, por Van Dongen.

—¿Qué le parece a usted?

—Perfecta.

La figurantita sonríe tristemente:

—Lo esperaba. Como que el año pasado fui yo «Miss París». Y ya ve usted: ahora...

Se calla para ver cómo «Miss Universo» entra en el «bar», con su comitiva de chaqués semejantes a pajarracos funebres.

—...ahora — termina —, cuando trabajo, gano, todo lo más, cien francos al día...

«**MADemoiselle SIMONE Y COMPAGNIE.**» — ¿Y esto — esta melancolía, esta pasividad — es todo lo que, rebuscando mucho, sondeando hasta las últimas capas, puede dar de sí la zona femenina de una «figuration» de cinema? ¿Verdaderamente no hay nada más? Sí. Hay más. Hay las desilusionadas, las desencantadas de mañana. Pero que hoy — mientras les hiere ese desencanto — se mueven en una atmósfera caliente y pasional, como de excitación cinematográfica. «Mademoiselle Simone», por ejemplo, no vive más que para el cinema. ¿Y quién es «mademoiselle Simone»? Una figurantita del estudio. Una. Cualquiera. En torno a cada «vedette», mariposeando a su alrededor, quizá como tratando de captar la razón misteriosa de su éxito, hay siempre más de una «mademoiselle Simone». En cada estudio de Epinay, de Joinville, de Billancourt, hay una fotografía de «mademoiselle Simone». Una fotografía pequeña, que luce la firma de Sobol, y en la que repara invariablemente el encargado del «casting» cada vez que algún «metteur en scène» le pide un conjunto de muchachas bonitas. «Mademoiselle Simone» recorre con frecuencia el camino de Joinville. En realidad, merece que le den trabajo, aunque sólo sea por su cultura del cinema. Una cultura de fichero, naturalmente: una cultura «aprendida» en «Cinéma».

Por ejemplo: «mademoiselle Simone» sabe exactamente que Kate de Nagy vive en la «Humbolstrasse». Y que Josephine Gael no tiene más que diez y siete años. Y que Lilian Harvey se llama, en su vida particular, Lilian Elen Muriel Harvey. ¡Ah! «Mademoiselle Simone» sabe, naturalmente, muchas más cosas de cinema. Las sabe de memoria. Y, en Francia, para indicar que una cosa se conoce de memoria dices que se sabe «par cœur»; es decir, de corazón. ¿Será cierto — como ha dicho alguien — que hay un túnel secreto en nuestra conciencia por donde se comunican la memoria y el corazón? Para «mademoiselle Simone», por lo menos, esa mezcla de corazón y memoria equivale a una sutil preferencia. A «mademoiselle Simone» la encanta aprender cosas de cinema, fechas de cinema, anécdotas de cinema. Todas las semanas, para renovar su cultura, ella lee, desde la primera página a la última, «Pour Vous», «Cinéma», «Mon Ciné»... Cuando el periodista «Boysivon» editó, por primera vez en París, un diario de

EL HOGAR Y LA MODA

es la revista del hogar por excelencia.

cinema al estilo de «Film-Kurier», «mademoiselle Simone» se apresuró a llenar el primer boletín de suscripción. El periódico vivió poco, y ahora «mademoiselle Simone» tiene que contentarse — en cuanto a la prensa diaria que se ocupa del cinema — con los viernes de «L'Intran», con las críticas de Paul Reboux en «Paris-Midi», con los «ecos» de Lucie Dérain. Poca comida para el apetito de «mademoiselle Simone». La cual — en su voracidad cinematográfica — no pierde, naturalmente, un estreno del «Marivaux» o del «Cameo». Más aún: suele llegarse hasta los cinemas yanquis de los Campos Eliseos, donde proyectan, sin la adulteración de los subtítulos o del «dubbing», las películas exportadas por Hollywood.

En los Campos Eliseos, «mademoiselle Simone» ha visto a Marlene, a Gloria Swanson, a Norma Shearer, a Clark Gable. (En el fondo, «mademoiselle Simone» está terriblemente enamorada de Clark Gable: un amor magnífico, como no podrán encender nunca los galanes de Joinville o de Epinay. «Mademoiselle Simone» — tan francesa — no es, sin embargo, «chauviniste» para los asuntos del corazón. Ella tiene ideas propias acerca de los galanes de su país. En general, todos — «mademoiselle Simone» exceptuaria, si acaso, a Jean Murat — le parecen dependientes de las «Galerías Lafayette» con pretensiones...)

Más preferencias de «mademoiselle Si-



Edwina Booth, estrella de la Metro-Goldwyn-Mayer, aplicándose el lápiz «MICHEL».

La mujer elegante se preocupa de la belleza natural de sus labios

La naturalidad está hoy íntimamente ligada con la moda. El lápiz Michel da a los labios ese color natural que tanto agrada. Es impermeable y permanente, conservando siempre la suavidad y flexibilidad de los labios. El lápiz Michel armoniza con la tonalidad de cada cutis.

Michel

el lápiz para labios de calidad

Tamaño grande Plus. 10
" prueba " 3'50
en Perfumerías y Droguerías

Laboratorios Suñer
Gerona, 100-Barcelona

mones: los cinemas de vanguardia, las salitas especializadas de Montparnasse o del «Quartier Latin». Ella ha visto «El ángel azul» en «Las Ursulinas». Y «La última compañía» en el «Studio 28». Y «Little Caesar», en el «Pantheon». «Mademoiselle Simone» adora estas salas, tan pequeñas, tan silenciosas, sin humo de cigarrillos, con un público inteligente que incluso contiene la respiración para poder apreciar los «virtuosismos» de la «Western». «Mademoiselle Simone» — dentro de este clima de respeto — no se considera en un cinema público, sino en un «club» de enamorados del «écran»: su «club». Conociendo ya a «mademoiselle Simone», imagínese con qué alegría recibirá el aviso de Joinville: un papel azulado que viene a decir así:

«Preséntese mañana, a las siete, en la «rue des Reservoirs» para trabajar en la producción número 176.»

Nada más. Y nada menos, porque, para «mademoiselle Simone», ese papelito azul representa toda la porción de felicidad a que un humano puede aspirar sobre la tierra. Entrar en un estudio de cinema equivale, para ella, a entrar en un mundo novelesco, donde no existen dolores, donde no existen sombras, donde todo está encendido con una claridad como de milagro. Un mundo, además, donde hay «vedettes». Y figurantes, por supuesto. Pero figurantes que tal vez serán «vedettes» el día de mañana. A «mademoiselle Simone» le parece que todo, en el cinema, se mueve bajo el signo del azar. Si acaso, concibe el cálculo — es decir, la línea escueta y recta, donde no cabe lo imprevisto — para conseguir un «primer plano», para apresar un sonido... Pero el arribo de una muchacha bonita al «écran» obedece, casi siempre, a la casualidad. ¿No llegó así Suzzy Vernon? ¿Y Pola Illery? ¿Y Annabella? ¿Quién sabe!

«A lo mejor — piensa «mademoiselle Simone» —, hay un director a quien le es imprescindible una muchacha exactamente igual a ella.»

Todo consiste en ponerse cerca de ese director. Todo consiste en iniciar contra él una ofensiva de sonrisas. «Mademoiselle Simone», por si acaso, apura su jornada de Joinville. Llega incluso a extremos heroicos. Alguna vez comenzó a trabajar a las cinco de la tarde. Y no terminó hasta el amanecer del día siguiente. Es decir, pasó toda la noche en el infierno del «set». (Y la madrugada, allí, es una hora desesperante. De madrugada, el «metteur en scène», febril, increpa a los comparsas con su mejor colección de insultos. Y siempre le queda alguno para la «vedette».) Pues bien: a las nueve de la mañana, «mademoiselle Simone» seguía en el estudio.

—¿Cómo? ¿No tiene usted sueño, «mademoiselle Simone»?

—Mucho. Pero prefiero estar un rato más en Joinville.

Y es que «mademoiselle Simone» tiene, en el fondo, algo de masoquista del cinema. Para llegar al paladeo de su voluptuosidad, atraviesa, voluntariamente, zonas dolorosas. Y París está lleno de «mademoiselles Simone».

Son un ejército. «Mademoiselle Simone» y compañía.

José Luis SAAVEDRA

En el número próximo:

EL CAMINO DE BUENOS AIRES Y EL ESPADÓN DEL GENERALITO

Línea
perfecta y
ligereza se
conservan
usando

**S
A
B
E
L
I
N**

que con-
sigue en los
obesos la
disminu-
ción gra-
dual de peso y consume las excesivas reservas de grasa.

NO PERJUDICA NUNCA

Millares de personas atestiguan su eficacia.

De venta en las principales farmacias.

Depósito general: SEGALÁ, Barcelona.

Pida Vd. un folleto y se le remitirá gratis.



¿Cuántos cines hay en el mundo?

(Continuación de la página 3)

petable cantidad de 336.000 pesetas que suponen al año más de ciento veintidós millones. También hay que tener en cuenta que para la programación de tres mil millones de metros de película que se ruedan anualmente en las salas españolas, hay que descontar el tiempo que se invierte en la rotulación, en la conservación y repaso de cada cinta, así como también las roturas que sufre, los desperfectos y el desgaste lógico de cada copia. De ahí que nos atrevamos a afirmar la existencia de un «stock» de material que oscila entre quinientos millones de metros, que a razón de sesenta céntimos cada uno o sea el precio mínimo del positivo, suponen un capital de rotación de trescientos millones de pesetas.

En España, como puede observarse, no se producen películas; pero se gasta el dinero en traer y exhibir las que otros países producen. Además, como aficionados al arte de la cinematografía si que lo somos. Tal vez ahora sea España la nación del mundo en donde más cineófilos abundan y en donde se rinde más culto a la misma. De llegarse a hacer films aquí, de ser un hecho «eso» de la producción nacional, veríamos dentro de pocos años puesta la atención del mundo en nosotros. Entonces estaríamos más cerca de Europa, aun estando en suelo europeo y hasta puede que la Meca del cine, esa Babel bulliciosa y fascinante no estuviera donde está, sino más bien en Francia, más cerca de España que fué donde estuvo cuando la era feliz y esplendorosa del cine mudo.

Pero volviendo a lo de antes, digamos, para terminar, que hoy día existen en Europa 28.454 cinematógrafos y pocos más en los Estados Unidos. Puede asegurarse que pasan de 65.000 los que hay en el mundo, pero de todos ellos no llegan a la mitad los dispuestos para la exhibición de material sonoro. M. P. DE SOMACARRERA

En amable coloquio dice el
marido a su esposa:

—¿Tan rápidos y seguros son
los efectos de ese tónico?

—Sí; no he tenido ni mareos ni
vómitos desde que tomo el

Jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD

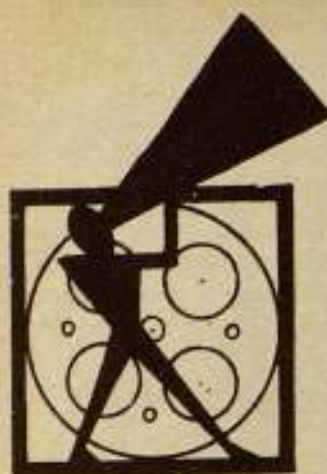
Es el regularizador de la sangre
que tonifica y suprime todas las
molestias del embarazo.

Está aprobado por la Academia de
Medicina y puede usarse en todas las
épocas del año.

No se vende a granel.

Es el Jarabe Salud un excelente prepa-
rado que siempre prescribo en los casos
que está indicado.—Dr. Alemán, Mar-
qués de la Ensenada, 4.—Madrid.





NOTICARIO

***** FILMS
SELECTOS *****

Los encargados del departamento de guardarropía y mobiliario del estudio de la «Paramount» han reunido más de mil doscientas condecoraciones militares «por heroísmo en acción», procedentes de los ejércitos de media docena de países. Solamente Nueva York ha contribuido con cien cruces de guerra a esa colección, que el estudio conserva celosamente entre innumerables objetos de gran valor, los cuales habrán de figurar en futuras realizaciones cinematográficas. Las medallas y condecoraciones que un día fueron clavadas en pechos heroicos en medio de imponentes ceremonias militares, volverán a lucir sobre los immaculados uniformes de los héroes de la trama cinematográfica.

La crisis económica mundial ha arrastrado a los poseedores de esas condecoraciones auténticas y valiosas a empeñarlas o malvenderlas, y como que los compradores de ellas saben perfectamen-



Frances Dee, la juvenil actriz de la Paramount, no delega a nadie la ardua tarea de llevar a su «Fita» a la peluquera, o mejor, al salón de belleza para los miembros de la alta raza canina, según reza el anuncio del establecimiento hollywoodense que se dedica al exclusivo fomento de la belleza perruna.

Charles Chaplin y su sombra, vistos por Valgoma.



te que los estudios cinematográficos son un excelente mercado para esta clase de objetos, las ofrecen en venta a precios que oscilan entre uno a diez o veinte dólares. Entre las condecoraciones y medallas militares italianas que existen en el estudio de la «Paramount» figura la medalla del «Valor militar», la cual la poseían solamente veintiséis soldados que escaparon a la muerte desde el principio de la Guerra europea hasta la firma del armisticio. La Cruz de Guerra se confirió solamente a trescientos de los soldados norteamericanos que sirvieron en las filas italianas durante el conflicto mundial. Hay, además, varios ejemplares de la medalla de la Orden Militar de Saboya y de la Orden de la Corona de Italia.

En la colección de medallas y condecoraciones de la «Paramount» figuran ejemplares de cuanta condecoración militar otorgó el régimen zarista en Rusia. Muchas de ellas han figurado ya en películas de ambiente ruso.

Entre las condecoraciones austríacas figura una impuesta personalmente por el emperador Francisco José.

Con este título, «Los apuros del tío», acaba de ser rodado en los talleres de Neubabelsberg una nueva película sonora corta de la «Ufa», original de Wallner y Viktor Heinz Fuchs. Los intérpretes principales son Margarete Slexak, Henry Lorenzen, Grete Löschhorn, Franz Goebels, Editta Eriksen y Julius E. Hermann. Actúan como operadores Karl Puth para la fotografía y Ludwig Ruhe para la sonoridad.

Bárbara Weeks es una de las chicas más ordenadas y metódicas de Hollywood. Basta echarle una ojeada a su apartamentito para apreciarlo; siempre está «comme-il-faut»; nada de medias tiradas por aquí, zapatillas por allá, u otras prendas en loca dispersión. Todo cuidadosamente arreglado. Bárbara dice que siempre se ha ajustado al lema de «un lu-



JANET GAYNOR, la encantadora estrella de la FOX, que el día 6 del mes actual celebró el aniversario de su cumpleaños

que para cada cosa, y cada cosa en su lugar. Es de admirarse en una joven que pasa tres cuartas partes de su tiempo trabajando en los estudios.

Davin O. Selzaick, jefe supremo de producción de «Radio Pictures», nos anuncia haber contratado los servicios de Lupe Vélez para rodar una película, cuyo título tentativo es «Phantom Fane» (Fama esfumante).

La vivaracha Lupe interpretará el papel principal al lado del conocido Lee Tracy.

Cusey Robinson dirigirá la filmación.

Con tanta película que requiere escenas exteriores a campo abierto, el numeroso ejército de «extras» está de plácemes.

Cuando trabajan en los estudios de Hollywood tienen que pagar su propio «lunch», mientras que cuando salen al campo la productora tiene que proveerles la manutención. Un buen almuerzo, varios centavos ahorrados y un agradable paseo al campo... ¿Qué más se puede desear en estos días de depresión económica?

La mayoría de los directores que hoy gozan de gran renombre en la cinematografía fueron en un tiempo editores o modestos «cortadores» en los laboratorios de los estudios de Hollywood. Allí aprendieron la técnica que más adelante debía serles de tanta utilidad al encargarse de la dirección de películas.

Tenemos, por ejemplo, a Josef von Sternberg, a Richard Wallace, a Dorothy Arzner, la única mujer directora de películas, a cuyo cargo estuvo la edición y «corte» de tan aplaudidas películas como «Sangre y arena» y «La caravana del Oregón», a Alexander Bell, y a Lewis Milestone, en la actualidad considerado como uno de los directores más eminentes de Hollywood. Todos ellos y muchos más que en estos momentos escapan a nuestra memoria, hicieron sus primeras armas en los estudios de Hollywood como «cortadores» de películas.

Aunque Ernst Lubitsch no ha trabajado nunca en el laboratorio de «cortador», se pasa en él muchas horas dirigiendo personalmente la edición de sus películas y otros trabajos de técnica de laboratorio, pues este eminente «metteur» ha dicho en repetidas ocasiones

que muchas películas no son lo que podrían haber sido por falta de inteligencia o de cuidado de los encargados de editarlas.

BARBARA Weeks hará de nuevo la heroína en una de las películas de Buck Jones. Bárbara fue una de las bellezas de las «Follies», la famosa revista musical de Nueva York, que Eddie Cantor llevó a Hollywood para su película «El palmista».

La artista secundó a Buck Jones en su última cinta «Agulla blanca».

La nueva película sonora de la «Ufa», que en principio hubo de llamarse «Trece en la mesa», se titulará «Verde esmeralda y piel de simio». Renate Müller y Otto Wallburg serán los protagonistas de esta película dirigida por el productor Bruno Dugay.

Ruth Weston, la primera dama de Richard Dix en «El defensor público», ha sido agregada al elenco de «Polo», que incluye a Jack Holt, el astro, y a Evelyn Knapp, Walter Byron y Hardie Albright.

Todas las mujeres



deberían conocer
las ventajas de las
almohadillas

Cleo

Los médicos especialistas recomiendan Cleo para la higiene íntima de las mujeres débiles, porque las múltiples capas de gasa especial que la constituyen ofrecen una protección completa y no irritan la piel por delicada que sea.

Cleo no es un producto que sirve una sola vez y se tira. Se lava con la misma facilidad que un pañuelo, queda suave y esponjoso y vuelve a servir innumerables veces.

CONVENZASE USTED MISMA comprobando sus excelentes cualidades. Puede Vd. recibir una almohadilla Cleo a mitad de su valor mandando el cupón adjunto.

Presión del botón:
Juvenil... 4
Normal... 12
Reforzada... 15
para cada necesidad

Se vende en farmacias
y buenas conserías

Almohadillas higiénicas

Cleo

Agente General:
A. BLOCH
Rambla Catalana, 31
BARCELONA



A. BLOCH

Nombre...
Calle...
Ciudad...
Prov...

OPINAMOS QUE...

UN LOCO DE VERANO. — Ahí tenemos a Eddie Cantor en una astracada arrevisada espectacular y divertida. El asunto, como es corriente en las obras de este género, casi no existe. Es más bien un conglomerado de situaciones y trucos cómicos levemente unidos por una trama muy diluida y que da señales de su existencia casi únicamente diríamos en las partes más débiles de la película, eso es, cuando surgen las escenas dialogadas, exclusivamente dialogadas que adquieren un carácter teatral. Aparte este lunar, la obra, dentro de la ingenuidad corriente en todas las de su clase, es verdaderamente divertida y amena.

Eddie Cantor, con una expresión admirablemente cómica, de una comicidad espontánea, provoca con sus continuas intervenciones las más francas carcajadas del respetable, que se mantiene durante toda la proyección profundamente regocijado tanto más cuanto que en la obra abundan las situaciones cómicas únicamente interrumpidas casi, para dar paso a algunas escenas de revista de gran valor espectacular, muy originales y enfocadas por el objetivo desde ángulos y planos admirables.

Una película, en fin, muy agradable y muy simpática que gustó extraordinariamente.

NIEBLA. — Un drama que culmina en tragedia en su desenlace y del que son causa los celos injustificados de un marido que le llevan a maltratar a su esposa. Un argumento sencillo, corriente, excesivamente convencional e ingenuo en el que la casualidad — un personaje del que se abusa ya con exceso en el cine — juega un papel protagonista.

Sin embargo, pese al asunto, la obra hubiera podido ser aceptable con una dirección más inteligente. En «Niebla», cuya fotografía deficiente carece en absoluto de relieve, se ha fracasado en la colocación del micrófono. Los sonidos llegan casi siempre con la misma intensidad y aun defectuosamente. Pero el defecto capital de la película — como lo ha venido siendo de la generalidad de películas hispanoparlantes — es su teatralidad, acusada aquí extraordinariamente. El diálogo le da una lentitud verdaderamente desesperante, tanto como anticinematográfica. La interpretación ha sido, por desgracia, poco afortunada. Y dentro de todo, éste era un

DIRECCIONES DE ESTRELLAS

Fox Studios, 1481 No. Western
Avenue, Hollywood, California

Charles Morton
Paul Mori
J. Harold Murray
Barry Norton
George O'Brien
Paul Page
Tom Patricola
Sally Phipps
David Rollins
Arthur Stone
Nick Stuart
Norma Terris
Don Terry
Marjorie White
Charles Farrell

Filmoteca

de la cultura



**PULUNÁS
GYIDÓR**

EL ESMALTE
DE MODA

da a las uñas un brillo deslumbrador. Sus matices: Blanco, Fresa, Rosa, Rubí, Coral, Granate y Escarlata son permanentes hasta con el agua del mar.

Frasco, 2'65 Ptas.
(timbres comprendidos)
en Perfumerías y
Droguerías

Laboratorios Suñer
Girona, 100 - Barcelona



factor que podía decidirla para la gran masa de público. María F. Ladrón de Guevara está amanerada, inexpresiva. Su personaje da siempre la sensación de cosa ficticia, inconsistente. Rafael Rivelles, que reconocemos como un valor aprovechable para el cine hispanoparlante, tampoco se halla a la altura. Contagiado del amaneramiento de los demás personajes que se mueven a su alrededor, abusa del gesto y de la intonación teatral. Pitoulo está asimismo fuera de lugar en esta obra, en la que intenta crear un personaje sin relieve alguno por su desafortunada interpretación.

La dirección ha corrido a cargo de Benito Perojo. No creemos que tenga a honra firmar esta producción que significa para él un retroceso.

NO MÁS GRIETAS NI SABAÑONES

La Pasta Rosa Cura-Cutis suaviza la cara, conserva su frescura y combate, con éxito seguro, los Sabañones, Grietas, Diviesos, Granos, Quemaduras y toda clase de



irritaciones de la piel, constituyendo una verdadera especialidad en las propias de los niños. De venta en las principales droguerías, perfumerías y mercerías.

tiros temblar bajo los míos, cubrirlos de ardientes besos... —

Y poniéndose en pie, arrojóse como un loco sobre Dagmar, sin hacer caso de la resistencia de ésta y sujetándole los brazos para que no pudiera defenderse.

La condesa no se atrevía a pedir ayuda, desiosa de evitar un escándalo; el ostentoso tocado embarrataba sus movimientos, y con horror veía acercarse el momento en que le faltarian las fuerzas.

Mas antes de que Hollmann llegara a profanar los labios que se le negaban, un férreo puño le obligó a soltar su presa, y se encontró ante el conde Gunter, cuyos ojos centelleaban con extraño fuego, en la completa palidez de su rostro.

El conde había oído parte de las calurosas protestas del pintor, y como en ellas tuteaba a Dagmar, supuso que entre ellos reinaba oculta inteligencia, pero la resistencia de ella le dio a entender que su esposa quería guardar íntegra su honra, a costa de su felicidad.

Por un instante se le paralizó el corazón al ver el grupo, mas el ruido que produjo la diadema al rodar desde la cabeza de su dueña al suelo, hizo volver en sí a Gunter, que asiendo a Hollmann por el cuello, le increpó, diciendo:

— ¡Miserable!... Agradece al Destino, que ya me ha hecho verter sangre humana, el que me contente con tratarte como a un perro. —

Y el látigo se ció silbando al rostro del atrevido seductor.

Este, al sentir el vivísimo dolor del latigazo, quiso precipitarse sobre el ofendido esposo, mas sus fuerzas físicas no estaban en proporción con las de su enemigo, que de un vigoroso empujón le hizo retroceder tambaleándose.

— ¡Fuera de aquí... o disparo! — exclamó el conde sacando la pistola.

La vista del arma hizo salir de su espasmo a Dagmar, que colgándose del brazo de Gunter, suplicó:

— ¡No tires!... ¡Por amor de Dios, no tires! —

Werner vió el arma en la mano del

conde, y sobreponiéndose el amor al pellejo, a todas sus demás pasiones, emprendió una rápida retirada, con todas las características de vergonzosa fuga.

Cuando la puerta del taller se hubo cerrado tras de él, Gunter dejó caer el brazo y clavando en su esposa una indescriptible mirada, dijo con honda emoción:

— No debiera haber sido tan violento... Me he dejado llevar de la desesperación... Tú le amas... y yo no quiero verte desgraciada... Pero debieras haber sido más franca y yo no te habría retenido... Aunque me hubiese costado arrancarme el corazón... Porque yo te amo... sí, lo confieso... Te amo como un insensato... como no he amado nunca... Por eso lo sacrifico todo a tu felicidad. —

Ella le oía temblando; la agitación turbada, el claro funcionamiento de su cerebro, y dudando de sus propios sentidos, negándose a creer que pudiera ser verdad algo tan descomunal como ser amada... amada por el hombre a quien pertenecía su vozación desde el primer instante que le vió. Todo lo demás desaparecía ante sus ojos... Pero las múltiples emociones de aquel día habían agotado sus fuerzas. Quiso correr hacia su esposo... abrazarse a él, decirle que Hollmann se había pasado sin que ella diera el más leve motivo... Mas no logró que de su apretada garganta saliera ningún sonido, el taller entero giró ante ella en fantástico torbellino y extendiendo los brazos con ademán de impotencia, cayó redonda al suelo, privada del sentido.

Gunter acercóse con rapidez, mirándola con profunda pena.

— Esta tremenda lucha consigo misma ha consumido sus débiles fuerzas — murmuró él —. Ella no quería faltarme, y ha combatido hasta el último instante. —

Con un desgarrador sollozo la levantó del suelo, llevándola como una pluma en sus hercúleos brazos, hasta el diván de su gabinete, en el que la dejó con sumo cuidado.

después al comedor, donde ya esperaban los dos caballeros.

El conde estaba muy pálido, pero como siempre, perfectamente dueño de sí mismo. El verle tan tranquilo le dió a ella también seguridad y ocupando su puesto ante la bien servida mesa, inició una conversación, que los dos hombres se apresuraron a seguir. Entre los tres comensales reinaba una jovialidad bastante forzada... y en realidad, ninguno sabía a ciencia cierta lo que decía, ni estaba para parar mientes en las respuestas de los otros.

La comida fué breve y los exquisitos platos, por bien preparados que estuvieran, fueron retirados casi intactos... Los señores no tenían apetito.

Mientras servían el café, dijo Hollmann:

— ¿Podrá usted concederme una hora esta tarde, señora condesa?... Es la última vez que la molesto, pues en esta sesión quedará el retrato concluido. —

Muy pocas ganas tenía Dagmar de complacerle, mas deseando que acabara y se fuese de una vez, accedió a su deseo, y subiendo a su tocador, puso una vez más el crujiente vestido de corte y la deslumbradora diadema.

Ya ataviada, tomó el camino del taller.

El peso de la diadema aumentaba su dolor de cabeza y en general no se sentía bien, pero quería acabar cuanto antes.

El pintor salió a su encuentro y besando rendidamente su mano, dijo en tono meloso:

— ¡Mi hermosa reina se digna favorecer con su presencia a su más humilde vasallo! —

Dagmar inclinó levemente la cabeza por toda contestación, y se colocó en la postura prescrita para el retrato.

Hollmann fué a ponerse como de costumbre detrás del caballete, observando desde allí a su modelo. La agitación de la condesa era innegable, y el pintor, en su fatuidad, creía ser la causa de ello.

Dagmar, muy pálida y con los grandes ojos ardientes y rodeados de azules ojeras, estaba distraída y meditabunda. Werner, mientras fingía pintar, la asateaba con miradas a su parecer infalibles, y que le parecían apropiada preparación para empezar el ataque.

Mas con profundo descontento por su parte, a los diez minutos de estar allí Dagmar presentóse el conde.

— Supongo que no estorbo — dijo al entrar.

Hollmann no pudo disimular una contracción nerviosa y Dagmar se ruborizó como una colegiala.

«La visita del marido ha sido tan desagradable para la encantadora condesa como para mí — pensó el engreído artista —. Esperemos que será corta.»

Pero se equivocó, Gunter instalóse en un ancho taburete diciendo:

— Al saber que el retrato de mi esposa quedará concluido hoy, no he querido perder ni un momento para poder admirarlo. Por eso he venido. —

Estas palabras no eran la verdadera expresión de su pensamiento; le había traído la inquietud que le inspiraba el estado de Dagmar, a quien veía en abierta lucha con sus propios sentimientos. Hollmann, mordiendo los labios con despecho, volvió a ocupar su sitio detrás del caballete, y convencido de que el conde no pensaba en marcharse, fingió pintar durante unos minutos diciendo al cabo de ellos:

— Mis más expresivas gracias, señora condesa. He concluido. —

Mucho se alegró Dagmar de verse libre de aquella pesadilla, y se levantó, al mismo tiempo que Gunter.

Hollmann hizo girar el caballete, poniéndolo en la situación que necesitaba, y con ademán de invitación dijo:

— A ustedes les toca juzgar, señores. —

Los condes se adelantaron hacia el retrato.

Dagmar lo contempló asombrada.

da... El cuadro era una verdadera maravilla.

El conde Gunter quedó como paralizado de estupor. Tenía ante los ojos la Dagmar de sus inquietos sueños, cuyo hechicero semblante no conservaba trazos de expresión fría y formal. Una dulce sonrisa vagaba en los coralinos labios, y a través del doble cerco de las largas pestañas, los ojos lanzaban una inefable mirada de amor.

Con profunda emoción miraba el conde aquella ideal figura de mujer, y en su pecho la admiración al artista sufrió el rudo choque de una violenta tempestad de celos.

¿Cómo se había mostrado Dagmar a Hollmann para que le fuera dado pintarla así?... Aquel retrato era el de una mujer enamorada... El genial pincel del artista la había delatado.

Como un rayo destructor, cayó en su alma la convicción de que Werner y su esposa se amaban; ya no era posible la duda y él experimentaba la dolorosa sensación de quien acaba de perder un inapreciable tesoro. Las tres personas permanecían mudas e inmóviles ante el retrato de la condesa Dagmar.

La figura, llena de luz y de vida, diríase que iba a salir del marco. Uno de los desnudos brazos, de clásica belleza, se apoyaba en el respaldo de un magnífico sillón, mientras que la otra mano, con ademán gracioso, recogía el suntuoso manto de corte, cuya amplia cola se extendía a sus pies.

Todo estaba pintado con asombrosa verdad, desde los diamantes de la diadema que despedían chispazos multicolores entre los suaves cabellos de rojizos reflejos, hasta los pliegues de las telas y la blancura de las carnes, y muy especialmente la indescriptible mirada de amor de los brillantes ojos.

La sangre corrió con ímpetus febriles por las venas de Gunter. ¿Era posible que Dagmar se hubiera revelado así al pintor, dedicándole tan dulce sonrisa y tan enloquecedora mirada?

Clavóse las uñas en la palma de la mano, y casi se asustó al oír la voz de Dagmar que decía:

— Nuestro silencio demostrará a usted la impresión que nos produce su obra, maestro... Sólo temo que me haya favorecido usted. —

Inclinándose con falsa modestia respondió el artista:

— Señora condesa, me he limitado a copiar lo que he visto. —

Gunter sintió impulsos de arrojarse sobre Werner y estrangularle con sus propias manos. En las palabras de aquel encontraba un dejo de burla que hería sus sentimientos.

Aquel retrato acababa de revelar lo que a un tiempo ansiaba y temía saber, esto es: el amor de su esposa hacia otro hombre... y éste sólo podía ser Hollmann.

El mismo dióse cuenta de que debía decir algo del retrato, pero la lengua se le pegaba al paladar, impidiéndole emitir palabras.

Al cabo de algunos minutos, consiguió decir con voz ronca:

— Ha sabido usted copiar lo que ha visto con imponderable maestría, señor Hollmann, y ya que he tenido el placer de admirar esta obra maestra, tengo que marcharme al campo. —

Y tras de un breve saludo salió con la precipitación de quien huye de sí mismo. No podía prolongar su estancia allí sin exponerse a que la sangre se le subiera a la cabeza.

Deseaba respirar aire libre... Las paredes de Taxemburg parecía que le asfixiaban. Mandó disponer su caballo y saltando sobre la silla partió a galope tendido, como si intentara dejar atrás sus penas. Sólo entonces se dió exacta cuenta del intenso amor que profesaba a su mujer.

Entre sus desconsoladoras pensamientos, preguntábase angustiado: ¿Me habrá hecho ya traición? ¿Es que no existe la lealtad en las mujeres y todas son pérfidas y traidoras? Yo he hecho cuanto he podido por facilitarle a la mía el ser honrada... Parando en seco el caballo

dió nuevo giro a sus pensamientos, preguntándose: ¿He obrado bien alejándome del castillo, mientras que ese hombre permanece allí?... Si me hubiera sido fiel hasta ahora ¿es prudente dejarla a solas con ese libertino?... Tal vez en este momento se consume mi deshonra...

Aplicó las espuelas al noble bruto, y pocos minutos después apeábase precipitadamente a la puerta del castillo, dejando el caballo sin esperar a que un mozo saliera a recogerlo.

El miedo, los celos y quizá el deseo de obtener la evidencia de su propia desgracia, guiaron sus pasos hacia el taller. Antes de llegar re-

cordó que llevaba en el bolsillo del calzón la pistola que solía llevar en sus largas excursiones a caballo. Una voz interior le decía:

«Árrójala lejos de ti... No la lleses contigo.»

Pero la volvió a meter en el bolsillo, diciéndose:

— Soy un ser consciente y dueño de mis acciones — y su puño se cerró con fuerza sobre el mango de su latiguello, repitiéndose: — Le azotaré como a un perro si no ha sabido respetarla. —

Con estas ideas y a paso rápido, cuyo ruido ahogaba la espesura de la alfombra, pasó el largo corredor que daba acceso al ala norte.

CAPITULO XXVIII

Al marcharse el conde, Dagmar quedó intranquila; aun duraba en ella el efecto que le causaron sus, para ella, inexplicables miradas.

Había vuelto a caer en una de sus meditaciones, olvidándose de la presencia de Hollmann, y sin percatarse de las ardientes miradas con que éste la devoraba.

Habíase dejado caer en una butaca frente a su retrato, y lo miraba con un asomo de extrañeza; no recordaba ella su rostro con aquella expresión.

Para distraerse de sus pensamientos, empezó a enumerar los detalles del retrato, y volviéndose hacia Hollmann que estaba a su espalda, dijo:

— Es sorprendente, maestro, la fidelidad con que ha reproducido usted cada detalle de mi atavío. Los bordados del manto, las flores del brocado, el collar de perlas con su brillo mate, los encajes, la diadema, todo es de verisimilitud admirable. —

Acercándose un poco, preguntó él con agitada respiración:

— Entonces ¿puedo envanecerme de haber dejado a usted contenta?

— Contenta es poco decir — contestó ella volviendo a mirar el retrato. — Solamente encuentro que ha embellecido usted el rostro... Yo no soy así.

— ¿Qué mal se conoce usted! — exclamó Werner ya inmediato a ella. — Sí; muy mal, cuando ignora lo peligrosamente bella que es, y los encantos que atesora, capaces de trastornar la cabeza...

— ¡Señor Hollmann! — exclamó la condesa poniéndose en pie. — No quiero escuchar más, y me retiro. —

Pero él, poniéndose ante ella, extendió los brazos diciendo:

— ¡Aguarde!... No me deje usted así, enloquecedora mujer...

— Señor mío, usted olvida con quién habla — interrumpió ella, echando la cabeza atrás con ademán de altivez.

Pero Werner arrojóse de rodillas a sus pies e interceptándole el paso exclamó fogosamente:

— Dagmar... adorada Dagmar... Depón esa inútil resistencia... En mis brazos aprenderás a gustar todas las delicias de una pasión correspondida. ¡Mujer hechicera!... Tus labios me enloquecen y quiero sen-



WILLY FRITSCH

FILM SEL

Filmoteca

de Catalunya



MARIA CORDA